

ña de soldados y gran número de refugiados españoles, con los cuales regresó a Castilla; el rey Pedro tuvo que huir y Enrique fué proclamado rey. Pedro solicitó entonces la protección del príncipe heredero de Inglaterra, que con el título de duque de Guiena gobernaba las provincias inglesas situadas en Francia, mostrando para este cargo pacífico menos aptitud que para las empresas guerreras. Su gobierno duro y opresor y sus derroches, que costaban sumas inmensas y dieron lugar a la multiplicación de impuestos cada vez más onerosos, excitaron el creciente descontento de la nobleza y de las ciudades é hicieron que todo el país sintiera cada día más haber sido separado de la corona de Francia. No obstante su penuria y las quejas de sus súbditos, se mostró el príncipe dispuesto a dar su apoyo al rey Pedro para reconquistar su trono, y Carlos de Navarra, que antes había sido partidario de Enrique de Trastámara, concedió al príncipe inglés libre paso con su ejército por los Pirineos, cuyos desfiladeros estaban situados en sus dominios. Entretanto Enrique de Trastámara solicitó por su parte el auxilio del rey de Francia, y Carlos V envió a Castilla a Beltrán Duguesclin con sus compañías, sin que opusiera el rey de Navarra obstáculos a su paso, prefiriendo, muy al contrario, dejarse hacer prisionero para de esta manera no poder cumplir con sus molestos aliados el príncipe inglés y Pedro. Esto no impidió que venciera la superior pericia militar del príncipe de Gales; las fuerzas francesas y castellanas de Enrique de Trastámara fueron vencidas y el mismo Duguesclin con la mayor parte de los suyos cayó prisionero en poder del príncipe Negro; el rey Enrique huyó otra vez al Languedoc bajo la protección francesa y Castilla se sometió de nuevo a Pedro el Cruel.

Enrique de Trastámara con el auxilio del duque de Anjou, hermano de Carlos V y su lugarteniente en el Languedoc, no tardó en atacar la Gascuña. Este ataque obligó al príncipe inglés a regresar a este país, dejando así al de Trastámara el paso libre por los Pirineos. Enrique lo utilizó para marchar a Castilla, donde se le unieron gozosos la nobleza y las ciudades, y luego se presentó también en campaña Duguesclin, a quien el caballeresco príncipe inglés había puesto en libertad con sus compañías. Pedro el Cruel, reducido a Toledo y una parte de Andalucía, acudió entonces a medidas desesperadas; armó a los judíos de sus dominios y llamó a su auxilio hasta a los moros de Granada y de Fez, en Africa, contra los franceses y los rebeldes castellanos; pero este ejército fué vencido y aniquilado el 14 de marzo de 1369 cerca de Montiel, en la Mancha, y el tirano fué hecho prisionero cuando a favor de la noche quiso pasar sigilosamente al través de las fuerzas enemigas. Al verse prisionero delante de su hermano Enrique, el cual le odiaba mortalmente porque veía en él al asesino de su madre y hermanos, se lanzó sobre él con insensato furor, no obstante que estaba desarmado. En la lucha cuerpo a cuerpo vinieron ambos al suelo; Enrique hirió a su hermano mortalmente y luego el herido fué rematado por los presentes. Enrique de Trastámara fué reconocido entonces rey de Castilla, y quedó siendo aliado fiel de Francia (1). Inglaterra perdió con esto el apoyo de Castilla cabalmente cuando volvió a estallar la guerra con Francia, y todo esto por el poco talento político del príncipe de Gales.

En el Mediodía de Francia, donde su gobierno opresor excitaba desde mucho tiempo el más profundo descontento, se había alegrado todo el mundo al ver marchar al príncipe al otro lado de los Pirineos con sus compañías de mercena-

(1) Según algunos historiadores, en la lucha de los dos hermanos quedó debajo Enrique, pero Beltrán Duguesclin le ayudó a ponerse encima, diciendo: «Ni quito ni pongo rey, pero sirvo a mi señor.»

(N. del T.)

rios al servicio de Inglaterra; pero fué grande el espanto cuando a consecuencia del ataque de Enrique de Trastámara a la Gascuña, regresó el príncipe con las hordas desenfrenadas, cansadas por las fatigas de la campaña, las privaciones y las enfermedades, sin haber sido pagadas por Pedro el Cruel, y deseosas de descansar y regalarse en las comarcas meridionales francesas, que tenían obligación de mantenerlas. El país apenas había principiado a reponerse: el labrador utilizaba otra vez sus aperos, demasiado tiempo ociosos, y el habitante de la ciudad, que hasta entonces solo había velado con el arma en la mano para que su lugar no sufriese una sorpresa de alguna banda de soldados mercenarios, había vuelto al pacífico ejercicio de su industria, cuando unos y otros se vieron de nuevo expuestos a los peligros y vicisitudes de antes. Toda la población estaba en fermentación maldiciendo del gobierno inglés, y la nobleza del país postergada, porque en todos los puestos lucrativos había ingleses, é ingleses eran los favorecidos con los feudos más pingües, fomentaba la agitación.

Muchas familias nobles se habían desligado ya del príncipe de Gales y habían entablado relaciones con el rey Carlos V, aprovechando la ausencia del príncipe. Cuando este derrochador insensato volvió de Castilla con las manos vacías, pidió a los estamentos del país nuevos sacrificios, a saber: de cada fuego una contribución de diez sueldos durante cinco años. Efectivamente, el Poitou, Saintonge, Lemosin, Rovergue y la Rochela le concedieron este impuesto en cambio de la promesa de no variar más la ley de la moneda, cuyas variaciones continuas le producían beneficios ilegítimos a costa del comercio y de todo el tráfico del país; pero los estamentos de Gascuña rechazaron esta contribución alegando que cuando eran súbditos de la corona de Francia jamás habían pagado tales impuestos y que el príncipe al recibir su homenaje les había jurado respetar sus privilegios y fueros. Los capitanes y consejeros más inteligentes del príncipe se esforzaron en vano por disuadirle de insistir en este asunto, para no exasperar a la nobleza de Gascuña y empujarla a medidas extremas que podrían dar lugar a complicaciones funestas para la posición de Inglaterra en el Mediodía de Francia; el príncipe no dió oídos a estos consejos, y arrojó a los descontentos en brazos de Francia, que con este movimiento nacional salió de su prolongado y humillante letargo. A fines de junio de 1368 los jefes de la oposición de Gascuña, y a su cabeza los condes de Armagnac, Comminges y de Perigord y el señor de Albret, que por su casamiento con una princesa de Borbon, cuñada de Carlos V, era ya partidario de los Valois, se dirigieron al rey de Francia y presentaron sus quejas ante él y sus pares contra las injusticias que les hacía sufrir el príncipe de Gales.

Lo más notable de este paso era que los quejosos no solicitaban la intervención de Carlos V como monarca amigo sino que se dirigían al rey de Francia como su señor legítimo, cuya autoridad continuaban reconociendo, como igualmente la jurisdicción de su tribunal de pares y de su parlamento, dando con esto a conocer que el rey en su opinión se había extralimitado al renunciar a los derechos de su corona respecto de ellos. Este acto de los brazos de Gascuña, que venía a ser una declaración de nulidad de la paz de Bretigny, fué la primera reacción del pueblo francés, que volvía a recobrar la conciencia de los derechos y deberes nacionales, y su protesta contra el desmembramiento que por la culpa de la nobleza había atraído a la Francia la citada paz.

Para Carlos V este suceso era afortunado, pero se abstuvo de proceder con ligereza; recibió a los mensajeros con

mucha afabilidad y les dijo que debía examinar primero aquel tratado de paz y meditar bien los derechos que le concedía y los deberes que le imponía. Por supuesto, la decisión no era dudosa: si se había infringido el tratado de paz en un solo punto, quedaba roto todo el tratado. Carlos V trabajó, pues, con toda su actividad para sacar la ventaja posible de la nueva situación: entró en negociaciones con Enrique de Trastámara; envió a su auxilio a Duguesclin, y el belicoso Albret reunió las bandas de soldados mercenarios que infestaban la Gascuña y formó con ellas un ejército respetable. Estos sucesos encontraron vivo eco en todas las provincias sometidas a los ingleses; la agitación nacional se fué extendiendo y en todas partes se preparaba la población a imitar el ejemplo de los gascones, de suerte que nada importaban los dictámenes sobre la nulidad de la paz de Bretigny dados por las facultades de derecho de Bolonia, Montpellier, Tolosa y Orleans, consultadas por Carlos V para justificar su intervención a favor de la nobleza de Gascuña. La conducta de Carlos V era justificada é ineludible desde el punto de vista de la moral nacional, único punto de vista que podía entrar en consideración en este caso, sin necesidad de recurrir a otras razones, que hizo valer Carlos V, sobre la falta de cumplimiento ó del cumplimiento tardío por parte del rey de Inglaterra de las estipulaciones del tratado de paz, respecto de la renuncia del rey de Inglaterra a la corona de Francia y del rey Juan a todos sus derechos de soberano supremo sobre los territorios cedidos a la corona de Inglaterra al Sur del Loira.

Con el alzamiento de la Gascuña contra el dominio inglés había llegado para el trono y la nobleza la hora de enmendar los errores que habían cometido en perjuicio del país y del pueblo francés.

Carlos V comprendió que en esta ocasión podía contar con el apoyo entusiasta de toda la nación y dió el paso que equivalía a la ruptura de la paz de Bretigny. Con fecha del 25 de enero de 1369 dirigió, en su calidad de soberano del príncipe de Gales como duque de Aquitania, una citación en París mandándole comparecer a la mayor brevedad para responder a las quejas presentadas por los estamentos de Gascuña. El príncipe inglés, después de haberse enterado del mensaje real quedó un rato pensativo, y dijo: «Con mucho gusto obedeceremos a la citación del rey é iremos a París, pero con el yelmo en la cabeza y acompañados de sesenta mil hombres;» y dicho esto, dió orden de encerrar a los mensajeros en un calabozo.

Entonces levantáronse en armas los nobles de Gascuña y el estrépito de la guerra llenó este país y la Guiena; pero el príncipe tuvo que confiar las operaciones contra los rebeldes a sus capitanes, porque su salud estaba desde hacía tiempo arruinada y una hidropesía le tenía sujeto en el lecho. Carlos V se abstuvo todavía de tomar parte en la lucha, pero hizo armamentos y tuvo la satisfacción de ver que el pueblo, comprendiendo que había llegado el momento favorable, se entusiasma por la guerra.

Todo parecía conjurarse contra los ingleses y a favor de los franceses. Estos últimos llegaron a sentar sólidamente su pié en Flandes, donde Margarita, la heredera y única hija de Luis, último conde de este país, había enviudado después de un corto matrimonio con el duque de Borgoña. La mano de esta princesa estaba muy solicitada por Eduardo III para uno de sus hijos; pero siendo menester para el matrimonio la dispensa del Papa, éste la negó y en cambio la concedió al hermano de Carlos V, Felipe, el nuevo duque de Borgoña. Por consiguiente, Felipe, que estaba con Margarita en el mismo grado de parentesco que el príncipe inglés, se casó con ella en la primavera de 1369, y con este matrimonio

pudo contar la casa de Valois con la esperanza de adquirir más adelante aquel importante país, situado enfrente de Inglaterra. Por el mismo tiempo ocurrió la caída de Pedro el Cruel, y con la subida del de Trastámara al trono de Castilla ganó la Francia en el Sur un aliado firme, que no solamente tuvo en jaque a Carlos de Navarra sino que prestó también valioso auxilio a los franceses con su escuadra. En esta situación desechó Carlos V los últimos escrúpulos. Hasta entonces había estado negociando un arreglo pacífico con Eduardo III, que con la vejez había ido perdiendo su belicoso humor y no creyó en la gravedad de la situación; pero súbitamente abandonó Carlos V la ficción de su deseo de paz, y queriendo tomar el desquite de la manera ignominiosa con que el príncipe de Gales había tratado a sus mensajeros al entregarle la citación ante el tribunal de los pares, envió su declaración de guerra a Lóndres por un mozo de cocina. Este insulto era al mismo tiempo una especie de satisfacción dada al pueblo francés, porque a la sazón Carlos V, poco amigo de parlamentos, tenía reunido el suyo en París, al cual comunicó en 9 de mayo la relación de los sucesos: la queja de los gascones, la citación enviada al príncipe de Gales y su declaración de guerra, pidiendo que el parlamento, si había procedido mal, lo dijera, pues estaba pronto a cambiar de conducta. El parlamento aprobó por unanimidad lo que el rey había hecho y reconoció la justicia de la guerra con Inglaterra declarándola causa nacional. Con esto se entendía que la nación se reconocía obligada a facilitar al rey los medios para hacer la guerra. El rey, que no era nada belicoso, desplegó entonces un celo entusiasta por la guerra y procuró por todos los medios promover el mismo entusiasmo en la nación; en todas las iglesias hizo predicar la justicia y necesidad de la guerra, y en París se hicieron procesiones y rogativas con asistencia del rey y de su familia implorando la protección del cielo para las armas francesas.

Estalló, pues, la guerra simultáneamente en el Norte y en el Sur, en todos los territorios que las casas de Plantagenet y Valois se disputaban: pero quedó reducida a acciones pequeñas entre las compañías que ambos beligerantes tenían a sueldo. Al principio tuvieron ventaja los franceses, á pesar de algún triunfo que alcanzaron los ingleses, porque la nobleza y las ciudades de casi todas las provincias sometidas a Inglaterra volvieron a reconocerse súbditas de la corona de Francia. Carlos V, para no exponerse á otro descalabro como los de Crecy y Maupertuis, había dado orden estricta de evitar batallas campales, y su hermano Felipe de Borgoña, que operaba en el Norte con un brillante ejército de caballeros nobles armados contra el ejército del duque de Lancaster, que operaba desde Calais, rehuyó la batalla que este último le presentó, para no contravenir la orden del rey, y vió con profundo disgusto como á consecuencia de esto se dispersaba su hueste y regresaba á sus casas, mientras los ingleses asolaban el país, indefenso y abierto. En el Mediodía, Duguesclin, á su regreso de Castilla, consiguió muchos triunfos auxiliado solícitamente por la nobleza, y reconquistó gradualmente para Carlos V toda la Aquitania. Debió en gran parte esta reconquista á la enfermedad del príncipe heredero de Inglaterra, cuyo mal no tenía cura y á duras penas le permitió dirigir por sí mismo pero por corto tiempo alguna empresa de importancia. El príncipe Negro manchó entonces su nombre y fama con venganzas y atrocidades en que quiso desahogar el despecho que le causaban el cambio de su fortuna en la guerra y la deserción de los franceses del Mediodía por culpa suya. Para mayor desgracia, el rey de Navarra salió de su neutralidad y se puso de parte de la Francia por no haberle dado el príncipe en pago de su alianza la ciudad y

territorio de Limoges, que acababa de reconquistar y castigar según su costumbre inhumanamente.

En los dos primeros años de la guerra, 1369 y 1370, la desgracia persiguió en todas partes á los ingleses, porque así como al príncipe de Gales la enfermedad le había quitado su anterior energía, se la quitó á su padre la vejez. Mucho costó, á pesar de las provocaciones de Francia, que el rey Eduardo III se resolviera á salir de su inacción, y cuando lo hizo, fué sin la energía y rapidez de antes. La situación estaba también enteramente cambiada en contra de Inglaterra. Flandes, la importantísima base de operaciones de los ingleses en el continente, se hallaba en poder de sus contrarios, que desde allí causaban además grandísimo perjuicio al comercio de exportación inglés, además de los daños que le inferían las escuadras unidas de Francia y Castilla, que eran dueños del mar. El pueblo inglés había perdido el entusiasmo por las glorias guerreras y por una gran guerra nacional; estaba fatigado y necesitaba paz para descansar cuando la nueva guerra le impuso nuevos sacrificios, nuevos daños y comprometió su bienestar. Desde que Eduardo III, á cambio de un costoso rescate, había puesto en libertad á David Bruce, había habido mas de diez años de paz con Escocia, habiéndose reconocido el débil Bruce vasallo de Inglaterra; pero los esfuerzos de Eduardo III para preparar la unión de la corona de Escocia á la de Inglaterra á la muerte de David, que no tenía sucesión, se estrellaron contra el robusto sentimiento de independencia de los escoceses, que estaban decididos á no reconocer jamás á un inglés por soberano suyo y que simpatizaban constantemente con Francia, con cuya ayuda esperaban sacudir á la primera ocasión la soberanía de Inglaterra. Esta esperanza parecía próxima á realizarse cuando en el año 1371 murió David Bruce y le sucedió en el trono Roberto Estuardo, hijo de una hija del rey Roberto Bruce, el héroe de las tradiciones populares escocesas, y cuando justamente la casa de Plantagenet sufrió durísimos reveses. El príncipe de Gales, heredero del trono de Inglaterra, tuvo el dolor de ver morir á su primogénito, niño de seis años, y él, á instancias de los médicos, en enero de 1371 tuvo que salir de Francia, cuyo clima le era perjudicial. Dejó el mando en jefe de la Aquitania, casi del todo perdida ya, á su hermano Juan de Lancáster y regresó desahuciado por los médicos á Inglaterra, donde al cabo de algunos años de padecimientos murió en junio de 1376, aun en vida de su padre. Este no estaba en tan buenas relaciones con el parlamento como antes; el aumento de las cargas exigido por la guerra y la terquedad con que el rey favorecía y sostenía funcionarios á quienes el pueblo miraba con repugnancia dieron origen á quejas en las cámaras. El parlamento, sin embargo, siempre estaba al lado del rey en las cuestiones que se rozaban con el honor de la nación y de la corona; y así en la contienda con la curia, á consecuencia del partido que tomó el Papa por el rey de Francia, su protector y enemigo de Inglaterra, se consiguió la supresión de la vergonzosa soberanía feudal de la Iglesia, cuya abolición hizo restaurar y elevar la vida religiosa en Inglaterra. En esta corriente de ideas tuvo origen la reforma de Juan Wicliffe y de sus sectarios.

En resumen, á fines del reinado de Eduardo III había descendido ya la Inglaterra de la imponente altura á que había llegado cuando el rey se hallaba en la flor de la edad viril, mientras que la Francia, hasta poco tiempo antes humillada y extenuada, empezaba á levantarse vigorosa y rápidamente. Su rey y la nación marchaban de acuerdo, y por una coincidencia feliz se completaba el rey, buen gobernante y hombre de Estado, pero nada aficionado á la guerra, con un gran capitán, cuya pericia, prevision, valor y rapidez

de acción en la guerra facilitaban al rey sus trabajos de administración y de gobierno, mientras los nuevos triunfos guerreros devolvían á la nación su fe en el porvenir y la disponían á hacer nuevos sacrificios en aras de la patria. Los Estados del reino habían aprobado incondicionalmente la conducta del rey al principio de la guerra, y aumentados poco despues con un gran número de príncipes de la casa real, prelados, altos dignatarios de la corte y barones del reino, y constituidos en tribunal en París, condenaron en sesión solemne á la casa de Plantagenet á la pérdida de la Aquitania y de todos sus dominios en el continente, porque Eduardo III y su hijo no habían obedecido la citación que les había dirigido su soberano feudal; es decir, que faltando abiertamente á lo estipulado en la paz de Bretigny, el parlamento francés negaba que el rey de Francia hubiera cesado de ser soberano feudal de todos aquellos territorios. En el mes de diciembre del año 1369 concedieron los Estados al rey, con liberalidad desusada, los recursos necesarios para la guerra, y le dieron no solamente el impuesto sobre la sal y otro sobre todas las compras y ventas, sino hasta una contribución de cuatro años por cada hogar de ciudad, y de un franco y medio por cada hogar rural. El rey dió el ejemplo entregando lo que tenía en oro y plata á la fábrica de moneda para ser fundido y acuñado á fin de pagar el sueldo de la tropa.

En octubre del año 1370 llamó á París á Duguesclin desde el Mediodía de Francia, donde estaba alcanzando un triunfo tras otro, y de acuerdo con los prelados y barones le nombró condestable de Francia (capitán general de los ejércitos de la corona). Al principio el valiente soldado no quiso admitir este honor, por el temor de que siendo hijo de simples nobles tendría conflictos con los príncipes de la casa real y de sangre que rehusarían servir á sus órdenes, pero por fin aceptó. Con este nombramiento, que fué aplaudido por grandes y pequeños, rompió Carlos V con las rancias preocupaciones nobiliarias, que tan fatales habían sido á su padre, y al mismo tiempo dió á la Francia una garantía de nuevos triunfos. El peligro de la unión de las ciudades de Flandes, que arruinadas en su industria y comercio por la guerra franco-inglesa habían obligado á su conde á deshacer su alianza con el rey de Francia, fué también apartado, quedando reducido á la neutralidad del conde. En cambio los bretones obligaron á su duque Juan de Montfort, que simpatizaba con Inglaterra, á unirse á Francia.

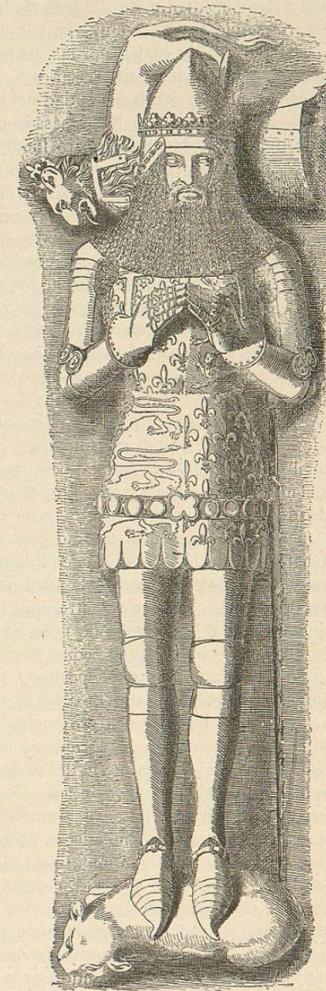
Por mar sufrieron los ingleses, en junio de 1372, en las aguas de la Rochela, una terrible derrota por la escuadra de Castilla, cayendo en manos de los vencedores el jefe de la escuadra inglesa conde de Pembroke y la caja de guerra repleta. Esto dió ánimo á la población de la Rochela para levantarse en armas y expulsar la guarnición inglesa. En 1373 concluyó Duguesclin la sumisión de la Bretaña. Entonces Juan de Lancáster, hijo segundo de Eduardo III, efectuó una nueva invasión en Francia desde Calais con un numeroso ejército. Carlos V dió orden de evitar toda batalla campal, y la experiencia justificó plenamente el cálculo del rey; los franceses se guarecieron en las ciudades fuertes, y las hordas de soldadesca al servicio de Inglaterra se derramaron sobre el país hasta la Borgoña, y al través de la Auvernia y del Lemosin hasta la Guiena, como una tempestad pasajera, sin causar mucho daño, porque diezmados por el hambre, el frío, las enfermedades y las guerrillas francesas, que molestaban á los invasores en todas partes, solo miserables restos del ejército llegaron á Burdeos.

La suerte de la guerra fué cada día mas favorable á los franceses, los cuales se apoderaron una tras otra de las plazas fuertes de los ingleses, dejándoles al fin reducidos en

el Mediodía á Burdeos y Bayona y en el Norte á Calais. Entonces medió el papa Gregorio XI para hacer la paz; pero las conferencias que con este objeto celebraron en 1375 en Brujas los duques de Lancáster y de Borgoña, y á las cuales asistió entre otros también Wicliffe, no dieron resultado, y cuando fueron renovadas al cabo de algun tiempo solo produjeron un armisticio, porque Carlos V pidió á Calais, cuya posesión permitía á los ingleses atacar á la Francia siempre que les convenia, y por la misma razón, y por ser la conquista de esta plaza uno de los hechos guerreros mas trabajosos y mas gloriosos de Eduardo III, no quiso este rey consentir de ninguna manera en su restitución, no obstante las compensaciones que Carlos V ofreció en la Guiena. La Francia no necesitaba entonces la paz urgentemente, pues se encontraba en una situación tan favorable que podía esperar, mientras que Eduardo III tenía el mayor empeño, en vista de su cercano fin, de dejar hecha la paz, ya que á su muerte debía encargarse del gobierno de Inglaterra una regencia. De hecho quedó paralizada la guerra sobre la incierta base del armisticio de Brujas, sin que se pactara la paz; de suerte que cualquiera de las partes podía abrir las hostilidades en cualquier momento que le pareciese favorable, lo que únicamente podía convenir á Francia, que de esta manera se quedó en la mayor libertad de obrar según lo reclamara su conveniencia.

Con la suspensión interina de la guerra no se disminuyeron las cargas que pesaban sobre los franceses, porque en la perspectiva de la renovación de la lucha convenia á Carlos V activar energicamente la renovación de su reino. El pueblo pagó sin murmurar con el sudor de su frente todas las cargas, porque veía que los recursos que así facilitaba eran empleados realmente en bien de la Francia, á pesar de ser repartidas las cargas con mucha desigualdad porque convenia tener contentas á las comarcas y ciudades que habían sacudido el dominio inglés y se habían agregado á la Francia. Por esta causa las ciudades y comarcas francesas antiguas tuvieron que llevar doble carga. Por otra parte, no fueron solo las atenciones de la guerra las que devoraron los grandes recursos del país, sino también las grandes obras que Carlos V hizo en su reinado y que costaron sumas para aquella época inmensas. Amuralló á París, obra empezada ya por el demagogo Marcel, y empezó la construcción de la Bastilla, fortaleza destinada á tener subyugada la población de París, que despues de lo sucedido en tiempo de Marcel inspiraba escasa confianza al rey. Menos justificados fueron los gastos que hizo Carlos V en la construcción de palacios, tanto en París como en varias provincias. También gastó en liberalidades á favor de las letras y ciencias, asalariando un gran número de eruditos á quienes ocupó en diferentes trabajos literarios, como traducciones, compilaciones, recopilaciones-arreglos y otras tareas de esta especie para refutar ora las pretensiones de Inglaterra, ora las de la curia. Cuando el producto de las contribuciones é impuestos no fué ya bastante, apeló también á medidas tiránicas, como la de obligar en varias provincias á los habitantes á comprar en los almacenes del gobierno cada trimestre una cantidad de sal, calculada para cada familia naturalmente sobre un consumo máximo. Peor fué otra disposición según la cual el sueldo de los consejeros del parlamento salía de las multas que el mismo parlamento decretaba. El rey siguió también cobrando como contribuciones ordinarias, y aun aumentando muchos de ellos, los impuestos extraordinarios que los Estados le habían concedido, en 1369, al principio de la guerra solamente por los años inmediatos. En cambio restableció el orden en la moneda y en la administración y gobierno general; pero este orden no aprovechó á los habitan-

tes de los territorios que pertenecían á los grandes vasallos de la corona, los cuales frecuentemente con su desgobierno y despilfarro hicieron sufrir mucho á sus súbditos. A pesar de todo esto, tenía el pueblo francés gran cariño á su rey Carlos V, como lo prueba el sobrenombre de «el Sabio,» por cierto exagerado, que le dió; pero de todos modos la nación francesa le debió la reunión del territorio, dividido



Estatua de Eduardo, el príncipe Negro, esculpida en su sepulcro, que se halla en la catedral de Cantorbery

en dos partes, y la repudiación de las tendencias feudales y reaccionarias de sus predecesores, cegados por ilusiones y preocupaciones caballerescas. La nación vió que Carlos V pensaba en el porvenir como en el presente y que procuraba abrir nuevas fuentes de riqueza. Luis X, para llenar sus arcas, había obligado á los labradores siervos de los bienes de la corona á comprar su libertad, y Carlos V hizo escribir para ellos por Juan de Brie libros instructivos y populares, como los titulados *Cuidados que necesitan los rebaños*, y *Los trabajos del campo*.

Murió Eduardo III en el año 1377, y siendo su suce-